

CATÓLICOS EN MOVIMIENTO: ACTIVISMO EN UNA PARROQUIA DE BUENOS AIRES, 1935-1946*

LUIS ALBERTO ROMERO**

A comienzos de la década de 1920 la presencia de la Iglesia Católica en Buenos Aires era débil: una ciudad vasta y en acelerado crecimiento era atendida por algo más de veinte parroquias. Hacia fines de la década, bajo la conducción del cardenal Copello, se trazó el plan de institución de unas noventa parroquias nuevas, que en 1945 estaba completado en lo sustancial. La parroquialización implicaba una suerte de conquista de los nuevos barrios de la ciudad en crecimiento, vistos como destituidos en varios sentidos —el religioso, pero también el social y el político— y supuso asignar funciones precisas a los curas párrocos, agentes naturales de este proyecto. Se daba particular importancia a la catequesis infantil, pero también al despliegue del sistema de instituciones —nucleadas desde 1931 en la Acción Católica— a través de las cuales la Iglesia aspiraba a establecer un nuevo nexo con la sociedad e impulsar su recristianización. Puede interpretarse lo central de este proceso de parroquialización en torno de esta idea de reconstruir la sociedad cristiana: el control de la militancia espontánea de los católicos en las cuestiones sociales y políticas, la presencia institucional y disciplinada de la Iglesia en ese terreno, la preocupación por las formas de la devoción y la liturgia, el estímulo a los "buenos católicos", y un combate sistemático contra quienes eran definidos como enemigos de ese proyecto. A diferencia de lo que ocurría en la segunda década del

* La investigación en que se basa este trabajo recibió el apoyo de la Universidad de Buenos Aires, a través de su programa UBACYT. Federico Finchelstein colaboró en la recolección de datos. Una versión preliminar fue presentada en las VI Jornadas Inter Escuelas/Departamentos de Historia, Santa Rosa, setiembre de 1997. Agradezco los comentarios de María Pía Martín.

** PEHESA, Instituto "Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

siglo, estos se encontraban no sólo entre los socialistas y comunistas sino entre los protestantes y los cultores de la "vida moderna".

El combate se libraba en las conciencias pero también en la calle. Desde el Congreso Eucarístico de 1934 la Iglesia adoptó plenamente el modelo de participación plebiscitaria que dominaba por entonces en otros ámbitos políticos, y lo hizo movilizándolo a sus huestes de manera sistemática, ordenada y jerárquica. Desde 1934 hasta 1946, las asambleas de cuadros o las movilizaciones masivas se repitieron, dando pruebas de la competencia de las distintas organizaciones —particularmente la Acción Católica—, y del eficaz uso de las modernas técnicas, como los altoparlantes, la propaganda mural o la radial, los emblemas y las consignas. Pero también se evidenció que una tensión espiritual recorría la sociedad, y la impulsaba a esas espectaculares manifestaciones de adhesión masiva a las consignas religiosas.

Esa movilización formó parte de un clima más general de la sociedad, porteña y de todo el país. El clima de conciliación y tranquilidad de la entreguerra —que hemos tematizado en otros trabajos—⁽¹⁾ empezó a diluirse desde 1936: las huelgas se reactivaron, socialistas y comunistas ganaron el control de las direcciones sindicales, el radicalismo levantó la abstención y en 1937 empezó a conformarse una suerte de frente popular. Por entonces, la Guerra Civil española polarizaba las opiniones y luego la Segunda Guerra Mundial profundizó la división, y aunque las opciones eran variadas y muchas veces no coincidentes, tenían algunas tendencias comunes.

Este clima de activismo y participación alcanzó también al mundo católico, que experimentó una suerte de "primavera": cuadros en permanente crecimiento, movilizaciones masivas, intensa militancia, una organización eficaz y también una doctrina, aunque no un conductor único, lo que explica en parte el desgarramiento del movimiento cuando la acción de reconquista espiritual de la sociedad se fue transformando en acción política lisa y llana. Existen buenas reconstrucciones de este proceso, la mayoría recientes, vistas sobre todo desde el punto de vista de sus tendencias ideológicas principales —el llamado nacional catolicismo— y desde la perspectiva de las organizaciones conductoras: la Acción Católica y la propia Iglesia.⁽²⁾ Visto desde allí, todo el proceso parece tener algo de epopeya, de cruzada, de gran designio, porque así lo vieron sus dirigentes. Una mirada desde la base misma de la sociedad, desde los ámbitos mínimos donde esta movilización se gestó, puede permitir dimensionar mejor el proceso y relacionarlo con otras tendencias de la sociedad porteña de entreguerras.

Un barrio apartado y humilde

Así definía el periódico parroquial *El Buen Amigo*⁽³⁾ al correspondiente a la parroquia de Todos los Santos y Animas. Fundada en 1928, cuando en la ciudad comenzó el proceso de desarrollo parroquial, estaba ubicada entre Warnes, Juan B. Justo,

Corrientes y Jorge Newbery, cerca de Villa Crespo. Pero por muchos motivos, culturales y prácticos, se identificó con el barrio de Chacarita, al que pertenecían otras cuatro parroquias vecinas: la Santísima Trinidad, Santa Inés, San Roque y la Resurrección. El Cementerio constituyó el elemento de identidad más fuerte —la devoción propia de la parroquia, los Nueve Lunes, estaba dedicada a los fieles difuntos—, pero se agregaban otros elementos: algunos clubes a los que el fútbol estaba haciendo importantes —Chacarita y Atlanta—, una Quema de Basura y un conjunto habitacional municipal de Casas baratas.

La avenida Dorrego constituía la columna vertebral del pequeño barrio, un cuadrángulo de ocho cuadras de lado, dividido por una vía férrea. Aunque relativamente aislado, y de aire suburbano, podía comunicarse fácilmente con el centro de la ciudad por medio del subterráneo, que permitió a los fieles participar fácilmente de las grandes concentraciones religiosas. Las actividades más importantes tenían que ver con el cementerio —floristas y marmolistas, abundantes en Jorge Newbery—, o con los talleres de automóviles de la calle Warnes. Relativamente cerca se encontraba una de las plantas fabriles importantes de la ciudad: la Manufactura Algodonera, pero no da la impresión de que los obreros fabriles constituyeran un sector importante en este barrio, que el periódico define insistentemente como “popular”:

“Dícese, y con razón, que estamos en un barrio popular y populoso. Lo primero, porque nuestra feligresía no forma parte ni de la «creme» ni de la «elite» de nuestra sociedad y no abunda el elemento clasificado en lo que actualmente se denomina la clase media”.⁽⁴⁾

Los avisos del periódico confirman esta impresión de una sociedad “popular”:⁽⁵⁾ una empresa de construcciones, un médico, una profesora de piano y solfeo y otra de bordados y labores, y un conjunto de almaceneros, fiambrosos, floristas y demás. Sobre lo “populoso”, el contraste con la actualidad es grande: se habla de mucha gente, de viviendas hacinadas, de muchos chicos, que pululan en las calles, y que explican el fervor catequístico de los primeros párrocos.

La Sociedad de Fomento y Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi, fundada en 1912, un centro socialista muy activo en San Bernardo (desde 1928 base de los socialistas independientes), y seis escuelas públicas dan cuenta de la presencia en el barrio de distintas agencias de la cultura laica y progresista, mientras que un templo de la Iglesia Evangélica Bautista, a sólo dos cuadras de la nueva parroquia, indica la presencia de los protestantes, activos también los domingos en la Plaza Los Andes. Ambos serán para la parroquia expresiones del enemigo que debía combatirse. Otra de sus caras se materializa en un conjunto de clubes sociales, consagrados no a la cultura sino al juego y a los bailes. El mayor de ellos es el club Atlanta, ubicado a dos cuadras de la parroquia, cuyos altavoces multiplican los eventos deportivos o festivos y suelen turbar la tranquilidad de las celebraciones. Los cines teatros (el Mitre, el Regio), en cambio, están algo alejados, y valorizan las modestas funciones

del cine parroquial o las más excepcionales de los camiones municipales, gestionadas por la parroquia en los días festivos.

Establecida en 1928, la parroquia tardó un poco en echar a andar. Un par de años funcionó en una casa del barrio, y luego se construyó una cripta, que ofició de capilla hasta 1948, cuando se concluyó la actual iglesia. Desde 1934, por obra del padre Enrique Lavagnino, se consolidó la institución parroquial, y a principios de 1935 comenzó a aparecer *El Buen Amigo*, un periódico quincenal de cuatro páginas, que nos permite asomarnos a esta comunidad. Se trata, naturalmente, del testimonio de un mediador, que mira la vida barrial desde una perspectiva sesgada, y que además tiene un programa de acción. Este programa se encuadra en los lineamientos del Arzobispado —muy celoso en su control de la comunidad y de los párrocos— pero en cada caso tiene un cariz que siempre es singular. Nos detendremos en dos de ellos, el padre Lavagnino, que la rigió entre 1934 y 1939, y el padre Luis J. Tomé, párroco entre 1943 y 1950. Entre ambos hubo una suerte de interregno, en el que el bajo perfil del párroco permite vislumbrar la dinámica propia de las fuerzas católicas de la parroquia.

La parroquia como bastión

El padre Enrique Lavagnino se ajusta al modelo de cura párroco propuesto para llevar a cabo la “restauración cristiana de la sociedad”,⁽⁶⁾ que inspira la obra parroquializadora de la ciudad. Según se pensaba entonces en el Arzobispado, el párroco no debe limitarse a “la sola atención del despacho parroquial, a horario riguroso”⁽⁷⁾: tiene que salir a la calle, conocer a todas sus ovejas, y también a aquellos que viven al margen de la parroquia o de la religión.⁽⁸⁾ La calle es también el campo de batalla, el lugar dominado por los enemigos de la religión: el cinematógrafo, el laicismo, las costumbres modernas, el comunismo. Para combatirlos el párroco debe conocer cuáles son las familias católicas con las que se puede contar, y sobre todo debe organizar las fuerzas propias, el conjunto de asociaciones de laicos que, subordinadas a él, constituirán la extensión de su mano.

Al hacerse cargo Lavagnino, la parroquia solo tenía organizado el Apostolado de la Oración. En dos años, el nuevo párroco instaló las principales asociaciones de laicos católicos que por entonces constituían la dotación normal de una parroquia. Estableció las cuatro ramas de la Acción Católica, y también el centro de aspirantes, aunque la incorporación formal de adherentes fue lenta, casi con cuentagotas, con excepción de la de jóvenes, la más dinámica desde el principio, que fue oficializada en 1936. Estableció también a las Hijas de María, una conferencia de vicentinos, una Academia Santa Teresita, para enseñar a las niñas, de existencia intermitente, y un Consultorio jurídico, para atender las necesidades de los obreros, que no parece haberse afirmado. Fugazmente, también existió un delegado parroquial de los Círculos de Obreros Católicos. Su mayor preocupación estuvo en la organiza-

ción de la enseñanza catequística, otra de las prioridades del programa de restauración cristiana. Así, estableció la Congregación de la Doctrina Cristiana y, sobre todo, hizo una intensa labor de propaganda para atraer a los chicos: misioncitas, días del catecismo (con procesión de niños por las calles del barrio), funciones de cine, rifas con premios y todo tipo de incentivos, de los habituales por entonces.⁽⁹⁾

Ciertamente, fue una labor intensa: “el sacerdote es un haragán”, decía de sí mismo con polémica ironía.⁽¹⁰⁾ La acción de Lavagnino revela una preocupación muy especial por definir la presencia de la parroquia en el barrio, y convertirla en punto de referencia de todos los católicos, practicantes o no. Reclamando por la necesidad de una torre para la Iglesia parroquial (que era apenas una cripta) decía: la parroquia “necesita algo que le diga a los vecinos nuevos del barrio: aquí tenéis un lugar sagrado... y a tantos vecinos antiguos reprocharle su conducta de frialdad e indiferencia”,⁽¹¹⁾ Su propósito era atraer a todos. Aunque la prioridad eran los niños —Lavagnino recorría sistemáticamente las escuelas “fiscales”—, le da una gran importancia a los “católicos avergonzados”, esos hombres —no los jóvenes—, cuyas potencialidades católicas habían sido sorpresivamente reveladas durante el Congreso Eucarístico. Permanentemente los convoca a la práctica, organiza conferencias especiales, dictadas por los mejores oradores del Arzobispado, y hasta misas especiales.

Salir a la calle, en las procesiones, con altoparlantes, tenía ese objetivo:

“¡Católicos de Chacarita! haced una hermosa demostración de vuestra Fe. Sirva vuestro fervor para entusiasmar a aquellos católicos que ni siquiera conocen su Parroquia”.⁽¹²⁾

Por esos años, la participación de los católicos de la parroquia en las concentraciones católicas importantes es reducida, y las menciones en el periódico más escuetas aún. Para Lavagnino, la parroquia se identifica principalmente con el barrio, y se instala en el centro de su identidad: el lugar, que convoca a todos, la torre imaginada, las procesiones que recorren las calles, el culto propio —los Nueve Lunes, en homenaje a los fieles difuntos, que hace a la identidad chacaritense— y más tarde la Plaza Los Andes, donde empiezan a celebrarse las fiestas importantes. Para Lavagnino, quien insiste en una de las líneas pastorales por entonces dominantes,

“El templo es a la vez santuario, escuela, cátedra y asilo de consuelo para los que sufren. La Parroquia después de la familia es la célula social que establece vínculos entre los hombres y elabora la cultura popular, enlaza y solidariza a todos los hogares; pone en contacto a todas las familias, pero no como el cine y el teatro para corromperlas sino para educarlas, moralizarlas y elevarlas. ¡Felices los barrios que tienen su Parroquia! Ella es la casa de todos”.⁽¹³⁾

Centro de la sociedad barrial y de su sociabilidad, la parroquia es sobre todo un bastión, la fortaleza de avanzada dentro de un mundo enemigo: la calle. Desde su

Boletín parroquial —y seguramente desde el púlpito, y en toda ocasión que tuviera de hablar— Lavagnino libra un combate que es casi una cruzada, por la nitidez con que delimita los campos y la contundencia con que apostrofa y condena.⁽¹⁴⁾ Con clarividencia, descubre lo general en lo particular. “La calle” —que contrapone a la parroquia— son los muchachos de la esquina, el fútbol y “las moneditas”, el cine, el club, el baile, el tango, las lecturas licenciosas y las mujeres impúdicas. La calle son también los protestantes y espiritistas, que intentan cautivar incautos con sus folletos, la escuela fiscal y el laicismo, el comité y la corrupción de la democracia y el sufragio universal, los socialistas, con su biblioteca y sus conferencias, los judíos, que manejan la prensa y la radio, y los comunistas, que finalmente vienen a resumir todos los males. Fustiga a los obreros huelguistas, los atorrantes de comité, las mujeres medio locas, y sobre todo a la juventud: inepta, ignorante, pendenciera, deslenguada, afeminada. Les contrapone el modelo del católico integral, que cumple al pie de la letra con los preceptos y que, además, lo hace con convicción.

Nada de lo que dice Lavagnino es original, aunque hace una cierta selección dentro de las ideas circulantes en la Iglesia. Privilegia aquello común a todos los católicos —el cumplimiento del precepto— y ubica a la parroquia en el centro del gran combate secular, cuya línea de fuego se encuentra en el barrio mismo. Ni los jóvenes, sus festivales y campamentos, ni la cuestión social, ni la formación de cuadros ni la movilización y la presencia masiva en la ciudad parecen prioritarias.

La movilización de los católicos

Hacia 1938 la movilización de los católicos se había hecho visible: en octubre se realiza el 1º Congreso Eucarístico arquidiocesano y tres meses después una Semana Federal de los jóvenes de la ACA. Desde entonces, estos encuentros se repiten periódicamente: Buenos Aires es inundada por católicos, o sus militantes viajan a otras ciudades. En su mayoría son jóvenes, que proclaman las consignas de la ACA. Pero la parroquia de Todos los Santos y Animas no participa organizadamente hasta 1943. El padre Lavagnino dejó la parroquia en setiembre de 1939 y su sucesor, el padre Gastón, tiene menos aptitudes de organizador. El periódico parroquial se reduce a un par de páginas, y se complementa con un suplemento preparado por el diario *El Pueblo* (que contiene principalmente información cinematográfica e historietas cómicas). Los pocos textos que escribe Gastón (cuando no repite artículos de Lavagnino) son conceptualmente pobres y de una sintaxis terrible.⁽¹⁵⁾ Es posible presumir que, hasta marzo de 1943 (cuando llegue el padre Tomé) la dirección parroquial ha estado casi ausente.

Sin embargo, hay muchos datos acerca del crecimiento del movimiento católico, de sus organizaciones y de la participación de los laicos, y esta falta de dirección parroquial nos confirma el carácter más general y autónomo del movimiento. En 1940 se constituyen las organizaciones de Niños Católicos de la ACA y se instala la

Junta Parroquial. El número de afiliados de la ACA se incrementa sostenidamente: de 118 en julio de 1940 se pasa a 155 en octubre de 1941. En agosto de 1943 se inicia la organización de la Juventud Obrera Católica, siguiendo una línea de la AC. Un antiguo militante juvenil barrial, ahora instalado en la vecina parroquia de la Resurrección, se ofrece para hacerse cargo de la tarea (que sin embargo no alcanzará a fructificar en una organización independiente de la de los jóvenes). Jóvenes católicos instalan dos nuevos centros catequísticos, en zonas alejadas del barrio. El mismo espíritu activista recorre las asociaciones femeninas: las Hijas de María, donde hay "gente nueva", "comentan las candidaturas (a la nueva Comisión Directiva), las parciales elecciones, la probable presidencia y la vice... Entretanto, las socias están movilizadas para la acción".⁽¹⁶⁾

El periódico reproduce las consignas militantes y militarizadas que galvanizan la movilización:

"Día 26 de octubre, fiesta de Cristo Rey, Capitán del gran ejército denominado Acción Católica. En nuestra parroquia existe un pequeño batallón, pero valiente, que pelea denodadamente para vencer al enemigo común de todas las almas: Satanás... 25 niñas, el día de Cristo Rey hicieron juramento, delante del altar, para pelear y para triunfar y para que Cristo reine en el individuo, en la sociedad y en la familia. Christus Vincit, Christus Regnat, Christus Imperat".⁽¹⁷⁾

El espíritu bélico coincide, en esta floración del nacionalismo católico, con una revaloración del patriotismo. La bandera y el Himno Nacional se agregan a las procesiones y actos religiosos, se organizan misas de campaña, se bendicen mástiles y la parroquia celebra las fiestas cívicas, en la Plaza Los Andes, junto con la seccional de la Policía, el Club Chacarita y la Junta de Fomento barrial:

"Los sentimientos de fe y de patria, fundidos admirablemente en este 25 de mayo de 1945, sumados al carácter popular de la celebración, dicen a las claras de la fe católica y del sentimiento patriótico de nuestro pueblo".⁽¹⁸⁾

El sector más activo son los jóvenes y los aspirantes, el grupo que más ha crecido numéricamente, y el más cultivado por la dirección arquidiocesana de la ACA. De ellos han salido, hasta 1942, tres seminaristas. Los que prefieren el estado laico buscan cómo dar forma a su activismo, y desde 1938 comienza a organizarse un grupo teatral, que empieza con algunas divertidas "caracterizaciones psicológicas" de la gente de la parroquia y termina preparando representaciones completas. Durante el interregno del padre Gastón, el periódico recoge un caso singular de activismo desordenado, que nos permite asomarnos a algunas de las ideas circulantes entre estos jóvenes.

El joven Egidio Martino irrumpe en sus páginas —donde sólo se había manifestado la voz del párroco o de Fray Luis— exhibiendo sucesivamente, con meses de diferencia, distintos cargos en la ACA parroquial: Delegado Económico Social,

Delegado de Aspirantes y Delegado General (para concluir, poco después, como presidente de la Conferencia Vicentina, sin dudas un lugar menos activo).⁽¹⁹⁾ Su tema es la posición del "muchacho católico" en un mundo hostil y tentador a la vez: el de los clubes de baile, poblados de "pitucos" y "compadritos", "jóvenes de melena cuadrada"; su preocupación son los apetitos sexuales; su amenaza para los débiles (y también su desquite frente a los que obtienen placeres inmediatos "como lo hacen las bestias") son "las enfermedades vergonzosas", que castigan a quienes los satisfacen. Pero para Martino lo más importante es tener "carácter", ser "puro y firme en los pensamientos" y hacer "prevalecer siempre la alegría, porque (el muchacho católico) cuanto hace lo hace por honor de Cristo Rey". El joven Martino no sólo desnuda su alma; también expone los conflictos más sentidos de estos jóvenes de barrio, que quieren ser distintos pero no saben si podrán resistir. Las consignas de la ACA les dan identidad y convicción. La parroquia —que con el padre Lavagnino había sido bastión de avanzada contra el mundo moderno—, mientras se vincula con la cima del poder (en este caso la seccional policial) empieza a convertirse en el ámbito de gestación de una nueva militancia, encerrada en sí misma y en conflicto con el barrio.

La familia parroquial

Esas tendencias se potenciaron con la llegada, en marzo de 1943, de un nuevo párroco: Luis J. Tomé, excelente organizador y activista, intérprete de las tendencias militantes de la Acción Católica. Tomé se ocupa principalmente de construir lo que él llamó "la familia parroquial": el conjunto de católicos que giraba en torno de las diversas organizaciones parroquiales. Uno de sus instrumentos —el único que conocemos con certeza— fue el periódico parroquial. Bajo la dirección de Tomé, *El Buen Amigo* adquiere un estilo singular: los artículos de opinión, con los que Lavagnino enfrentaba la modernidad y el liberalismo y atacaba a los malos católicos, dejan lugar a la "Crónica de la Quincena", una larga sección donde se comentan los sucesos cotidianos, en tono liviano, en el que las líneas organizativas, ideológicas o doctrinarias nunca se manifiestan como admoniciones. El texto está escrito hacia adentro de la comunidad, para lectores iniciados, que captan los sobreentendidos, los guiños, las complicidades, las ironías.

La sección, y el periódico todo, están dedicados a asuntos parroquiales. La sociedad barrial casi no es mencionada y los problemas del mundo prácticamente no son tocados. En cambio, comienza a llevarse el registro de bautismos, casamientos, muertes, misas de cuerpo presente, es decir de los actos de la "familia". Quienes participan y cumplen los preceptos son alentados y elogiados; sobre quienes no lo hacen sólo hay, ocasionalmente, algún comentario irónico, sin dramatizaciones sobre los "malos católicos", salvo en el punto del bautismo, sacramento por el que el párroco sigue dando una batalla.

Por lo demás, el periódico tiene algo de crónica social chismosa. Al comentar el casamiento de una Hija de María dice: "a estar de los comentarios de alguien... aquí en las asociaciones femeninas *el que no corre vuela*".⁽²⁰⁾ La cuestión de las goteras, de la compra de un armonio o la ornamentación del templo son motivo para hacer partícipes del problema a todos. Las asambleas de la Acción Católica son reseñadas, indicándose las intervenciones más importantes. La entronización del Corazón de Jesús en una casa da lugar a una reunión social y a su crónica respectiva, con elogio a las reposteras. Y así sucesivamente.

Los mayores esfuerzos de Tomé estuvieron orientados a la movilización de los católicos: las bases existían, pero era necesario darle forma, encuadrarla. Hasta entonces la parroquia no había participado orgánicamente de las principales manifestaciones públicas de los católicos. En octubre de 1943 se celebra el Congreso de Niños Católicos, con la consigna "cien mil niños, ni uno menos", y ese es el primer desafío que asume Tomé: desde julio propone que

"se sature el ambiente con la idea del Congreso de los niños; que se saluden los niños entre sí, con los catequistas... con las voces de la consigna *Cien mil - ni uno menos*".⁽²¹⁾

Una intensa actividad se despliega para convocar a los niños: carteles en las paredes, cartas personales y marchas por las calles de la parroquia. En los días previos reúne una enorme cantidad —700 u 800— en el único salón medianamente grande del barrio (en las Casas Colectivas municipales) y les ofrece cine, representaciones de cuadros sacros, y también monólogos, improvisaciones y un acto de comedia, "todo ello matizado con cantos, vítores, instrucciones para las siguientes jornadas y reparto de caramelos". Esto se repite durante tres días: al padre Tomé se lo ve permanentemente "junto al micrófono, dando avisos, imponiendo órdenes, entonando cantos...". El domingo, finalmente, más de 400 niños, acompañados por 50 celadores (la movilización de los cuadros también es importante) marchan en subte hasta la cancha de Boca Juniors. Lamentablemente, llegan tarde y se quedan afuera.⁽²²⁾

Desde entonces, los niños constituyeron una masa movilizable: para las campañas pascuales del barrio,⁽²³⁾ para la jura de la bandera, para el precongreso Eucarístico o para la misa del estudiante cuando, aprovechando la sanción de la enseñanza religiosa, la parroquia congrega a 600 niños de las escuelas públicas. Contribuyeron a la religiosidad plebiscitaria de la época y estimularon la movilización de los mayores pues, como decía el padre Tomé:

"Hemos comprobado y visto que el entusiasmo se contagia... no sólo de niño a niño; cuando volvíamos de la manifestación algunos mayorcitos y catequistas suavemente reprochaban a un dirigente el no haberles avisado el momento de la salida".⁽²⁴⁾

La acción del padre Tomé se concentró en los jóvenes varones, y seguramente sus preferencias personales coincidieron con lo que eran las líneas de la AC. En la

parroquia, el grupo de la Juventud de la Acción Católica venía creciendo de manera sostenida pero gradual. Se intentó organizar la Juventud Obrera Católica (la presencia cercana del Pbro. Di Pasquo debe de haber contribuido), pero la nueva rama, en la que la ACA puso tantas expectativas, no llegó a remontar vuelo. Los dos sectores más dinámicos fueron los aspirantes de la AC, movilizados por un delegado, miembro de la JAC, de gran capacidad como organizador, y los marianos, un grupo nuevo constituido en 1944. La Congregación Mariana de Caballeros surgió con la esperanza de “congregar a muchos jóvenes de nuestro barrio que tal vez no hallaron hasta hoy el ambiente propicio para el desarrollo de lo más genuino, sano y puro de su juvenil pujanza”.⁽²⁵⁾ Indudablemente, la movilización juvenil católica no cabía en los marcos algo estrechos de la JAC, que exigía una serie de pasos para la admisión. Pronto se formó un grupo muy activo de alrededor de 30 “marianos” (al año siguiente editaron una revista propia), que unidos a los de la JAC y la JOC, y a los más jóvenes aspirantes constituyeron el núcleo activo del catolicismo parroquial, y el centro de las preocupaciones del padre Tomé.

Las actividades cotidianas de estos grupos se emparentan con las funciones atribuidas y demandadas a las distintas instituciones barriales, religiosas o laicas, y tiene que ver con el uso del tiempo libre. El padre Lavagnino había llegado a suministrar cine, caramelos y rifas para los niños, y conferencias para los adultos. Los aspirantes —al fin, niños— son ahora llevados a jugar al fútbol:

“ASPIRANTES Y ... FOOTBALL, por UN aspirante. A los lectores de *El Buen Amigo* será causa de extrañeza el encabezamiento de estas líneas, pues creo que es la primera vez que aparece un tema deportivo en el mismo. Pero es el caso que nuestro dinámico Delegado sabe dirigirnos tanto en las actividades piadosas como en las que nos hacen pasar lindos ratos de esparcimiento. En consecuencia el domingo 1 del corriente nos trasladamos al campo de deportes que posee la parroquia de San Patricio a disputar un encuentro con el equipo de aspirantes de la citada parroquia ... El deporte, en si indiferente, puede ser también para el cristiano un excelente medio de dar gloria al Señor, si se emplea como corresponde”.

Los 19 aspirantes que concurrieron al partido —cuya crónica y resultado se incluyen en el periódico parroquial— al terminar “dedican unos minutos a visitar a Jesús en la iglesia de San Patricio”.⁽²⁶⁾ De ahí en más, no hay número del periódico que no consigne los éxitos futbolísticos de los aspirantes; si hemos de creerle, no dejaron invicto a ningún equipo parroquial, de scouts o de colegios católicos.

Otra actividad importante de los jóvenes son los campamentos. Se dice que estimulan el compañerismo y el espíritu de sacrificio, son buenos para el cuerpo y le dan un sabor especial a las prácticas espirituales, a cielo abierto.⁽²⁷⁾ Los campamentos se multiplican y el padre Tomé siempre encuentra un rato para visitar a los muchachos, preparar la comida y compartir el mundo de la camaradería masculina que allí se gesta, en el que las consignas de la Acción Católica adquieren una resonancia especial.

Otra actividad predilecta de los jóvenes parroquiales fue la organización de funciones teatrales. Lo que empezó siendo la amenización de un festival parroquial derivó en un cuadro filodramático, de presencia obligada en cuanta reunión parroquial hubiera, y de actividad permanente en otras parroquias, vecinas y lejanas. A ellos se sumó luego un grupo de úteres, que casi profesionalizó su actividad. En esta u otras actividades —que se sumaban a las regulares de sus congregaciones: las comuniones, misas, etc.— los jóvenes estaban siempre disponibles para tareas parroquiales: arreglar el salón, pegar carteles convocando a movilizaciones, guiar a los niños.

Por uno u otro motivo, las reuniones en la parroquia eran múltiples (cinco en un día, en que el párroco no pudo ir a despedir a un joven de la JAC, convertido en seminarista). Según la consignación de la crónica parroquial, en cada una de ellas ocupaba un lugar importante la reunión de camaradería con el párroco, que incluía un “suculento chocolate”, un “apetitoso lunch”, o un “vermuth”. En todas participaba el cura, amigo y camarada de todos. El día de su onomástico, o en el día del párroco, se hacía una reunión de la “familia parroquial”; en una de ellas “el público lo ovaciona, grita, patalea, se sube a los bancos, lanza cada chillido”.⁽²⁸⁾ En las páginas de *El Buen Amigo*, el padre Tomé se presenta como dirigente carismático de su comunidad, y muy probablemente lo fue.

En suma, el honesto entretenimiento no estaba reñido con la devoción, y sin duda las actividades pastorales resultaban fortalecidas en la medida en que la parroquia satisficiera las necesidades de esparcimiento. Por esa vía, la Iglesia adoptaba una actitud más conciliadora con las formas de la vida moderna —detrás de cada una de las cuales el padre Lavagnino vislumbraba a Satanás— y admitía, por ejemplo, el teatro, el fútbol o las actividades al aire libre. Ciertamente, no se propende la vida de relación entre ambos sexos. Las actividades siguen perfectamente diferenciadas y las señoritas —que merecen mucha menos atención de parte del padre Tomé— deben limitar su actividad social a “thes amenizados”, pese a que hacen su contribución al activismo parroquial. Pero en verdad, en la crónica parroquial abundan las referencias a casamientos, por ejemplo de “una Hija de María” y un “antiguo monaguillo”, lo que permite inferir que la intensa sociabilidad parroquial también servía para anudar parejas.

También, la sociabilidad servía para establecer relaciones entre las distintas parroquias. Los aspirantes con el fútbol, los actores con sus representaciones, el coro parroquial, los úteres, más la acción de quienes se mudaban, y seguían manteniendo los vínculos con su parroquia de origen, contribuyeron a tejer la red urbana e integrar la relativamente aislada parroquia chacaritense en el mundo del catolicismo metropolitano. La misma función cumplieron las grandes movilizaciones.

Las movilizaciones

En agosto de 1943, el párroco y cuatro jóvenes asisten a la Asamblea Federal de la JAC en Mendoza. Son “la bullanguera juventud chacaritense”, en opinión de *El Buen Amigo*. Uno de los jóvenes asistentes cuenta en el periódico cómo volvió impregnado de ideas de vigor, sacrificio, alegría, “expresión de un concepto de vida juvenil”, arriesgado, agresivo, consciente de su fuerza.⁽²⁹⁾ En suma volvió lleno del “espíritu JAC” (así lo denominaba Tomé). Una experiencia similar hacen las seis jóvenes que van por entonces a la Asamblea de Señoritas de la ACA en La Plata y que retornan con el

“entusiasmo apostólico característico que tamañas reuniones infunden a las participantes... Todas llevan un mundo de enseñanzas y propósitos. Cada una vuelve a su provincia y a su respectivo círculo para esparcir allí las semillas que recogieron en estos inolvidables días. En todos los pechos se han acrisolado los ideales de la Joven AC y ha surgido un propósito: que Cristo reine en las familias y en el mundo entero”.⁽³⁰⁾

Tal es precisamente la función de estas manifestaciones, tanto en el mundo católico como en otros universos de la época, que han descubierto los secretos de la política de masas. La Iglesia llegó a elaborar un modelo de organización de eventos de una gran precisión y eficacia, que requería, en la base, de organizadores y activistas, como el padre Tomé. Desde la experiencia de Mendoza, Tomé participa en todas las movilizaciones. En algunas concurre con el batallón de niños y “un buen núcleo de feligreses”, como cuando se realiza la consagración al Sagrado Corazón de Jesús. En otras, con parte del grupo de jóvenes activos, y a veces sólo con un par de ellos (entonces alude, con tono amable e irónico, a las “múltiples ocupaciones” de los otros). Según muchos testimonios de la época, se trata de movilizaciones cada vez más tensas y agresivas, entre ejércitos que se alinean para el combate y se hacen cargo de las tensiones ideológicas del mundo en guerra. Las referencias bélicas en las consignas de la AC no son ni casuales ni singulares por entonces. Pero en la versión de *El Buen Amigo*, la movilización es sobre todo la prolongación del clima de camaradería juvenil de la parroquia. Así, las jornadas del IV Congreso Eucarístico, en las que “se satura el ambiente de una atmósfera congresal”, fueron preparadas con conferencias de esclarecimiento, pero también con un día de campo en Bella Vista, con el consiguiente partido de fútbol. La presencia de los católicos chacaritenses en una de las grandes concentraciones fue registrada de este modo:

“A todas horas hubo actos distintos del Congreso, y allá, hacia medianoche, unos jóvenes de la JAC y unos marianos con el P. Tomé jacarandosamente volvían al subte por Callao después de haber participado en una simpatiquísima reunión juvenil en homenaje a las delegaciones de jóvenes de naciones vecinas”.⁽³¹⁾

Por entonces, la Acción Católica y el Episcopado multiplicaban sus recomendaciones para evitar la confusión entre la militancia católica y la militancia política, especialmente en los actos de los grupos nacionalistas extremos (los mismos que los principales mentores ideológicos del nacional catolicismo habían alentado). Es llamativo que en este caso de parroquia barrial nada de eso aparezca registrado. Ciertamente, puede ser el filtro censor del padre Tomé, que no quiere que aparezca en el periódico, o también que ese mismo filtro opere exitosamente sobre los cuadros que él mismo ha movilizado. Lo cierto es que estos católicos en movimiento no vinculan su militancia más que con las consignas más generales de la Acción Católica.

Sólo desde setiembre de 1945 *El Buen Amigo* empieza a hacerse cargo de la coyuntura política y del clima de conflicto. Por una parte, el registro de que la Iglesia está embarcada en un combate mayor: aparecen las referencias a “nuestros enemigos”, sobre todo en relación con la enseñanza religiosa en las escuelas, campaña en la que la parroquia chacaritense va a participar con algún entusiasmo. Por otra parte, se registran las tensiones que derivan de la fuerte politización de la sociedad, sin que por ello se trasluzca la alineación de la Iglesia o del cura. Al día siguiente del 17 de octubre se alude a la “diversidad de opiniones” que el episodio genera. En los meses siguientes se lamenta de las “enconadas antipatías” que se instalan en la sociedad, y la elección del 24 de febrero de 1946 motiva un comentario acerca del entusiasmo por votar ese domingo, y el mucho menor entusiasmo por asistir a misa. El cronista se pregunta por quién habrá votado el padre, una cuestión al parecer imposible de presumir. Más cáustico todavía es el comentario sobre el 1º de Mayo de 1946, el primero celebrado por el peronismo: los trabajadores deben concurrir a tantas movilizaciones que ese día trabajan más que los normales; también se lamenta de la poca gente que ese día asistió a misa. Indudablemente, el padre Tomé es reticente ante el movilizacionismo peronista.

En mayo de 1946 se hace en Santa Fe el Congreso de Hombres de la AC. “De nuestra Parroquia no fue posible a ninguno de los socios hacerse presente en la Asamblea, por lo que el cura párroco decidióse él a emprender el breve viaje”.⁽³²⁾ Poco después, se realiza en Buenos Aires el Congreso de la JAC. Convocada por el episcopado, la militancia católica, hondamente dividida por el peronismo, se une en la defensa de la enseñanza religiosa. Tomé hace un reclamo melancólico y desesperado a la unidad y a la participación:

“Muchas asambleas, ‘marchas’ y actos públicos de todo orden (y desorden) congregaron en meses y años anteriores a nuestra juventud argentina y porteña. Es llegada la hora de que nuestros muchachos, los católicos, dejando de lado toda peculiar inclinación hacia las distintas asociaciones juveniles que los agrupan, se presenten en público, hagan comprender y ver que somos una fuerza y contamos algo, ...como adalides de una causa y heraldos de una única bandera, la de Cristo...”⁽³³⁾

Es la última batalla registrada del padre Tomé en la parroquia de Todos los

Santos. La ola de activismo católico desciende, y Tomé retoma temas tradicionales. Empieza a lamentarse de la falta de cumplimiento de los preceptos por los católicos, y su tono se va asemejando cada vez más al del padre Lavagnino. Poco después, el Arzobispado decide iniciar la construcción del edificio parroquial, y Tomé consagra todos sus esfuerzos, y las páginas de su periódico, a la recaudación de fondos.⁽³⁴⁾ En 1950 concluida la obra, deja la parroquia.

Conclusiones

Más que conclusiones, el estudio de un caso parroquial sólo permite hacer más compleja y matizada la visión inicial, y abrir algunos interrogantes. Se han visto en esta parroquia porteña dos tipos de párroco y dos variantes del catolicismo de entreguerra. Lavagnino se caracterizó por una intensa acción pastoral, de cánones clásicos, y por un fuerte combate ideológico. Su prioridad era la parroquia en el barrio. Tomé se concentró en un sector acotado de los católicos, los militantes, y se ocupó de organizarlos y movilizarlos.

La movilización católica vino promovida desde la jerarquía episcopal, que la usó como arma regular, pero en ella hubo mucho más que dirección y manipulación, y eso que hubo no se agotó en la fe. Visto desde la parroquia, son visibles en esta movilización otros componentes de la sociedad barrial: el deseo de participación y de incorporación, la búsqueda de actividades para el tiempo libre, el deseo de legitimación de un liderazgo social autoatribuido. Todo esto, común a las sociedades barriales, podía darse en un contexto de quieta conciliación —lo común hasta 1935— o, como en este caso, de activismo.

Para que así fuera, las intenciones episcopales debieron conjugarse con un clima de época, de guerra civil ideológica, que contribuyó a que cada cuestión personal o singular fuera vista desde una óptica general, y en ese sentido los católicos se parecieron a muchos otros sectores movilizados. Pero además, se necesitó un encuadramiento, una dirección y un conjunto de consignas, que fueron suministradas por los cuadros de la AC y por párrocos como el padre Tomé. Este trabajo ilustra su *modus operandi*.

También ilustra sobre algunas características de la movilización, que pueden ser formuladas más por la negativa que por la positiva. No se trató de una movilización permanente sino claramente acotada en el tiempo: empieza hacia 1938 y concluye hacia 1946. No tuvo aires de cruzada: en Chacarita no hubo combate, ni otro a quien destruir, sino jóvenes que hacían sociabilidad, encaraban tareas útiles y disfrutaban con ello. Es significativo que el periódico no registre la circulación de las revistas de la AC, que eran el alimento ideológico de los jóvenes. Tampoco la participación en las concentraciones masivas fue abrumadora: el padre Tomé tenía mucho más éxito en las actividades de sociabilidad, o en la participación barrial que en la asistencia a los actos del centro o a las reuniones fuera de Buenos Aires, y con

frecuencia se lamentaba de esa falta de militancia. No parece que haya habido una marca política significativa, ni mucho menos que estas movilizaciones llevaran al peronismo, aunque es claro que desde 1943 encontraron un contexto político favorable. Finalmente, no se advierte que se haya renovado la experiencia religiosa, aun cuando es claro que los militantes eran más consecuentes en el cumplimiento de los preceptos.

En un contexto más amplio, que contemple más casos, estas acotaciones deberían formularse por la positiva, y preguntarse en qué consistió exactamente la renovación religiosa de la entreguerra, que sin duda dejó una huella profunda en la Argentina, al punto de que propuestas que no tengan en cuenta el pensamiento católico difícilmente pueden legitimarse en la sociedad.

NOTAS

(1) Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

(2) Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo*, Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Austen Iveragh, *Catholicism and Politics in Argentina, 1810-1960*. Londres, St. Martin's Press, 1995. Fortunato Mallimaci, *El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)*, Buenos Aires, Biblos-F. Simón Rodríguez, 1988. Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 1994. Un estudio de caso en María Pía Martín, "Católicos, control ideológico y cuestión obrera. El periódico *La Verdad* de Rosario, 1930-1946", en: *Estudios Sociales*, N° 12, Santa Fe, UNL, 1997.

(3) *El Buen Amigo*, Boletín parroquial, Parroquia de Todos los Santos y Animas (EBA), comenzó a aparecer quincenalmente en abril de 1935 y dejó de hacerlo en 1950.

(4) EBA, 1° de agosto de 1943.

(5) En los términos en los que la hemos caracterizado en los trabajos con Leandro Gutiérrez.

(6) La frase, citada por el Pbro. Fasolino, es de Benedicto XIV, pero recoge lo que es un designio general del papado desde Pio X. Cf. "La misión del párroco en nuestros días", en *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* (REA), tomo XXI, pág. 417, 1921.

(7) Pbro Rademacher, "La misión del párroco", en: REA, t. XXXIII, 1933, págs. 537/39.

(8) El censo parroquial —un proyecto reiterado pero que no llegó a concretarse en su totalidad— expresa esta idea de control celular, de instalación en cada hogar, aspiración máxima de la parroquia. La idea del censo es expuesta por Américo Barasi, presidente de la Asociación de Hombres de la Acción Católica, en: REA, t. XXXIV, págs. 402/4.

(9) Por ejemplo, luego de la manifestación de niños por el día del catecismo, se anuncia: "rifas, caramelos y lluvia de maníes y galletitas. 14 hs. sesión cinematográfica y canje de los bonos de asistencia por valiosos premios". EBA, N° 32, 6 de setiembre de 1936.

(10) Aunque con algunas limitaciones. La vecina parroquia de la Resurrección tenía por entonces, además, una academia para hombres adultos, una post-escuela, consultorio médico gratuito y un servicio de asistencia a necesitados. Otras parroquias tenían colegios, grupos de scouts o ateneos deportivos.

(11) "Es necesaria una torre", EBA, N° 13, 13 de octubre de 1935.

(12) EBA, N° 47, 6 de junio de 1937.

- (13) *EBA*, Nº 16, 24 de noviembre de 1935.
- (14) No lo hace solo. Frecuentemente pasan por la parroquia los mejores oradores e intelectuales de la diócesis: monseñor Franceschi, el padre Carbone, el padre Sepich, monseñor Calcagno —Vicario castrense—, el presbítero Di Pasquuo, el padre Tato, que se desempeñó en la parroquia y luego siguió su carrera en el arzobispado, y sobre todo el padre Moledo, párroco de la vecina Resurrección, famoso como orador. Di Pasquuo y Tato serán, poco después, asesores de la Acción Católica.
- (15) Desde 1941 colabora con el periódico un padre Fray Luis de la Santísima Trinidad, de escasas luces e ideas vetustas.
- (16) *EBA*, 15 de agosto de 1943.
- (17) *EBA*, Nº 140, 9 de noviembre de 1941.
- (18) *EBA*, Nº 225, 10 de junio de 1945.
- (19) *EBA*, 18 de enero, 12 y 26 de abril de 1942.
- (20) *EBA*, 1 de noviembre de 1943.
- (21) *EBA*, 18 de julio de 1943.
- (22) *EBA*, 17 de octubre de 1943.
- (23) El 5 de mayo de 1944 "la manifestación de niños y niñas (más de 200) alborotó la barriada, incorporó muchos a sus filas compactas y recordó a todos la "campana pascual" de los pequeños. Hay "banderas y carteles". Alguien conduce "una hermosa enseña patria (prestada)". Se lanzan "vivas y hurras a la Parroquia, a la Patria, al Papa y a Cristo Rey". La consigna: "queremos niños, que vengan todos, campana pascual". *EBA*, Nº 195, 14 de mayo de 1944.
- (24) *Ibíd.*
- (25) *EBA*, Nº 187, 20 de febrero de 1944.
- (26) *EBA*, 15 de agosto de 1943.
- (27) Claro que "Ni el campamento se libró de la pelota de fútbol... Nuestros aspirantes (vencen) incluso a los más grandecitos de otras parroquias...". *EBA*, 27 de febrero de 1944.
- (28) *EBA*, Nº 192, 16 de abril de 1944.
- (29) *EBA*, 12 de setiembre de 1943.
- (30) *EBA*, 18 de julio de 1943.
- (31) *EBA*, Nº 208, 1 de noviembre de 1944.
- (32) *EBA*, Nº 251, 12 de mayo de 1946.
- (33) *EBA*, Nº 257, 11 de agosto de 1946.
- (34) El éxito es notable. En 1943, reunir 1500 pesos para comprar un armonio le demandó un año de colectas. Entre 1947 y 1949 recolecta más de 50.000 pesos de donaciones, en su gran mayoría de la parroquia.